

Notre Dame

PAZAPORTE
GLORIA
ARIAS NIETO



LOS BOMBEROS PARECÍAN HORMIGAS diminutas luchando contra un gigante enfurecido. Ellos arriesgaron su vida por salvar la de Notre Dame. Sabían que más allá de los techos de madera y las piedras del siglo XII, más allá de las reliquias y las imágenes sagradas, la catedral ha sido un majestuoso y conmovedor referente cultural, de arte y religión, de arquitectura, poder y devoción. Un símbolo gótico para la Francia laica, creyente o agnóstica: todas las Francias convergen en Notre Dame. No es un tema de catolicismo: se trata de grandiosidad y belleza; de historias acumuladas, de peregrinaciones y tesoros.

Las llamas devoraban una de las catedrales más hermosas del mundo y, como si estuviéramos presenciando una pesadilla medieval, vimos arder la casa de Nuestra Señora de París. De rodillas, los franceses elevaron cantos y oraciones, y en medio del dolor y el desconcierto decidieron no claudicar. Ellos —como todos los pueblos que

han padecido guerras y miserias— saben que darse por vencidos es tirarle alfombra roja a la derrota.

Ayudarán la Unesco, millonarios, artistas, multinacionales y el Vaticano; y miles de franceses anónimos, dispuestos a la resiliencia. Los vimos marchando día y noche, con flores, velas y los ojos llenos de lágrimas. Caminaron con un talante emocional tan fuerte y solidario, que uno sabe que serán capaces de reconstruir en unos años nueve siglos de historia.

El 15 de abril París se quitó los chalecos amarillos, apagó sus violencias internas y puso en pausa (ojalá infinita) esa horrible xenofobia que hoy representa una de las vergüenzas más deplorables del planeta.

El incendio de la catedral desarmó los espíritus. Los desarmó de odios, y los armó del valor y la serenidad que se necesitan para emprender un renacimiento. París sacó fuerzas de su pasado (y hasta de su futuro) para prometerse a sí misma y al mundo que reconstruirá Notre Dame y le devolverá su patrimonio a la humanidad.

Así como se reconstruyó Francia después de las guerras, de la peste negra, los bombardeos y las trincheras; así como se levantó después de los ataques terroristas en Niza, en Bataclán y en la masacre de la

gente de Charlie.

Pasado el impacto de las llamas y del humo negro invadiendo el cielo de París, pensé que de alguna manera todos hemos tenido nuestro pequeño gran incendio interior; hemos estado a punto de morir o de resignarnos (que es casi lo mismo); de marginarnos del mundo o de nuestra propia voz; de sentirnos rotos, vanos o incapaces de transformar realidades que nos agobian. Y con las herramientas que hemos conseguido en los claroscuros de la vida, intentamos reconstruirnos cuantas veces sea necesario; y por eso abrimos la cortina cuando amanece, y tenemos hijos, y sentimos que los ojos los hizo Dios para que no perdamos la ilusión ni el asombro.

Nuestro pequeño gran incendio interior puede destruirnos para siempre o convertirnos en uno de esos bomberos que arriesgan la vida por salvar y salvarnos el espíritu, los sueños y la piel.

Notre Dame de París sigue y seguirá en pie. Seguirán sus torres, sus campanas y vitrales. Seguirán las páginas de Víctor Hugo y los conmovedores silencios del Jorobado; y afuera, en la adorable Rue d'Arcole, seguirá oyéndose el eco de los conciertos al atardecer...

ariasgloria@hotmail.com

DE LABIOS PARA AFUERA



“(Las enfermeras) probablemente juegan a las cartas durante una cantidad considerable del día”.

Maureen Walsh, senadora del estado de Washington, Estados Unidos, durante el debate de una ley que propone períodos obligatorios de descanso y alimentación para las enfermeras. Walsh se refería específicamente a quienes trabajan en hospitales pequeños o rurales y propuso que fueran excluidos de la medida.

Betto



Amar al prójimo

Joder de a metro

DAVID
YANOVICH



LAS ADMINISTRACIONES DE SAMUEL Moreno y Gustavo Petro en Bogotá han sido de las peores en la memoria reciente de la ciudad. Y como si no hubiese sido suficiente con los cuatro años que cada uno fue alcalde, ahora parece como si la ciudad les perteneciera al Polo Democrático, partido de Moreno, y a los Progresistas, el de Petro.

Es notable la alharaca que entre el Polo y los Progresistas hacen por cualquier cosa que se haga en la ciudad. No importa lo que haga la administración de turno, no hay nada que funcione para los del Polo y los de Petro. Todo está mal. Y claro que no ayuda la arrogante y poco clara forma de comunicar del actual alcalde, pero no es posible que todo lo que haga o proponga sea malo porque sí.

Nada más diciente de lo anterior que las discusiones alrededor del metro. Por el lado de los polistas un concejal, Manuel Sarmiento, obligó a que el Tribunal Administrativo

de Cundinamarca le entregara información con respecto al proceso licitatorio del proyecto para control político. Esto, incluyendo su estructuración financiera. Y cuando la política se mete en la estructuración técnica de un proyecto, es altamente probable que las cosas no salgan bien.

En buena hora, la Empresa Metro de Bogotá manifestó la inconveniencia y los riesgos que representa que por el control político se publique información con respecto a la estructuración financiera del proyecto. Esto porque el proyecto se adjudicará mediante licitación, en donde varios proponentes competirán. Eso, si no conocen la información con la cual se estructuró financieramente el metro de Bogotá. Porque en el momento en que la conozcan, es muy posible que las propuestas se acerquen al máximo precio al que está dispuesto a adjudicar la Empresa Metro el proyecto. En cualquier caso, los damnificados seremos los usuarios del metro.

Estas cosas, desafortunadamente y simplemente por política, tienen eco en los medios de comunicación. En un tuit del 8 de abril, el periodista Aurelio Suárez, de Blu Radio, compara el argumento de la Empresa

Metro de Bogotá con el “robo” de Reficar. ¿No revelar información confidencial y hacerla pública, en un proceso licitatorio, es sinónimo de “robo” o corrupción, cuando lo que realmente sucede es que se busca optimizar su resultado?

Las consecuencias de revelar la información en una licitación pública abierta, con competencia, son claras. Solamente el odio o la política pueden explicar comentarios tan desafortunados.

Por el lado de los petristas la cosa tampoco es mejor. Sin ningún pudor, Petro abiertamente ha mentado en lo que al metro respecta. Según el, por ejemplo, la ley dice que los diseños de detalle tienen que estar listos antes de salir a licitar. Totalmente falso. No hay ley que impida salir a contratar los diseños de detalle dentro de una licitación, algo que entre otras cosas permite asignar el riesgo de dichos diseños al adjudicatario del proyecto.

Bogotá se ha convertido en un hervidero político de debate, con independencia de pensamiento y criterio. Y eso está bien, pues así es que la ciudadanía hace respetar sus derechos. Las cosas en la ciudad hay que ganárselas, pero no a punta de dogma. Más análisis y más conceptos es lo que se necesita.

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
Commutador: 4232300 Fax: 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
Línea de servicio gratuita nacional 018000510903 Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita nacional 018000510903 Publicidad:
Caracol Unidad de Medios: 4232300 ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

Sobre una columna

Quiero referirme a una columna publicada el sábado 20 de abril en las páginas de Opinión y cuyo autor es Julio César Londoño. Cita él una supuesta frase de Julio César en Egipto, cuando uno de sus oficiales fue a avisarle que la Biblioteca de Alejandría estaba ardiendo: “Déjala que arda. Es una memoria de infamias”. Y luego agrega el señor Londoño: “Lo mismo podríamos decir de Notre Dame. Déjenla arder. Es una compilación perfecta de las infamias de la Iglesia católica”. Debo decir que me parecen unas expresiones no solo equivocadas, sino también desafortunadas. Lejos de mí la intención de defender a la Iglesia católica con todos sus pecados. Allá sus acólitos y feligreses. Pero, como dice Perogrullo, una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Por más ateos y radicales que fuesen los bolcheviques, a ellos no se les ocurrió mandar a quemar la catedral de San Basilio de Moscú después del triunfo de la Revolución rusa. Notre Dame hace tiempo dejó de ser una institución religiosa propiamente dicha para convertirse en un testimonio histórico y un símbolo de la cultura occidental. Basta con leer la historia del jorobado de Nuestra Señora, de Víctor Hugo, para congraciarse con este legado de la Edad Media, sin ser religioso. El sentimiento que uno experimenta ante el incendio de Notre Dame es cualitativamente diferente al experimentado ante el atentado a las Torres Gemelas de Nueva York. Este último fue un gran choque emocional y un sentimiento de profundo dolor por la muerte de tantas personas. ¿Quién no se conmovió ante semejante tragedia humana? En Notre Dame, por el contrario, no murió nadie; pero a uno lo embarga un inmenso pesar por lo sucedido. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Esta es, desde luego, una sensación individual. Comprendo que otros no sientan lo mismo. Aquí cabe la famosa frase de Ortega y Gasset: yo y mi circunstancia. Para mí es un drama el desplome de la aguja y el techo de Notre Dame. No alcanzó a ser una tragedia porque, afortunadamente, las dos torres y las paredes con sus vitrales parece que se salvaron, así como algunos valiosos cuadros. Si se me permite una confesión personal, yo tengo motivos especiales para ser un “fanático” de Notre Dame. Cuando estudiaba en La Sorbona tenía la costumbre de ir a sentarme en una de las bancas de un jardincito justo al lado de la catedral. Allí me relajaba acordándome, entre otras cosas, de que en el año 56 a. C. el gran Julio César había establecido allí mismo un campamento en su campaña por la conquista de Lutetia —hoy París—, la capital de los galos, hecho que el general romano describe en sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias*. Francia, donde estuve estudiando más de cinco años, es para mí como una segunda patria, y no tengo ningún empacho en decir: *Moi aussi, je suis français*.

Lacydes Cortés, Cartagena.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com